

Arqueología y conservación. Una visión general

CARMELO FERNÁNDEZ IBÁÑEZ *

La arqueología como tal ciencia, cuenta ya con un buen número de años de existencia, amén de un preludio de varios siglos durante los cuales fue conformando su estructura epistemológica, siempre en base a una analítica empirista. Podemos incluso asegurar que la arqueología, ciencia en constante evolución, cuenta ya con su historiografía propia y unos fines que, según nuestros primas experimentales resultan en estos momentos inexistentes.

Avanzar ahora una denominación de arqueología, sería sumar una más a la ya larga lista de las publicadas y conocidas. Partiendo de una idea base genérica y global, se abre como una gran tela de araña, un abanico amplísimo e inagotable de matices y posibilidades; tantas como estudiosos dedicados al tema. Es inevitable que ante un problema de definición determinado, cada individuo reaccione de forma diferente y por naturaleza llegue a conclusiones o definiciones similares pero nunca iguales. En el caso que nos ocupa, para nosotros, la arqueología se definiría como: «Ciencia histórica interdisciplinar que se encarga de recuperar mediante procedimientos técnicos «in situ», los datos y documentos, materiales o no, que servirán una vez elaborados para el conocimiento de la antigüedad».

De la arqueología se van a servir una serie de disciplinas académicas que, sin ella, no podrían desarrollar, al menos completamente, su cometido. Es el caso de la Prehistoria, la Historia Antigua, Medieval y últimamente incluso la Historia Moderna, la Contemporánea (Etnografía,

* Museo Arqueológico de Orense.

Arqueología Industrial...), Todas ellas aportarán datos enriquecedores, muchas veces complementados por otras disciplinas como la Historia del Arte, la Lingüística...

Los documentos recuperados por la arqueología suelen resultar en un alto porcentaje de carácter material. A ello alude una frase lapidaria situada junto a la boca de la famosa caverna prehistórica de Isturitz: «Cuando faltan documentos escritos, ante el silencio de la historia, las piedras y los huesos hablan». Sin embargo, esto no es del todo cierto, o al menos no en todos los períodos de la historia. De hecho, suele darse el caso frecuente de hallar documentos escritos de mayor o menor extensión, sobre diferentes materiales tales como plomo, bronce, arcilla, piedra... Sobre estas evidencias de carácter físico, el especialista deberá saber leer de forma correcta la información contenida. Ésta, una vez ordenada y convenientemente analizada, le permitirá conocer la vida, forma de ser, pensar, etc., de aquel que fue su artífice, mediante los procedimientos que las modernas técnicas analíticas ponen hoy a su alcance. Desafortunadamente para nosotros y parafraseando a Teilhard de Chardin, no fosilizan las ideas, solo la materia; y no toda. El lenguaje no es fácil y aún nos encontramos, aunque avanzados, en período de aprendizaje.

Casi tan antiguo como la ciencia arqueológica, surge la observación evidente de que los objetos que ésta recuperaba de la tierra, sufrían uno más o menos lenta, aunque siempre progresiva degradación. El hierro se perdía en escamas, el bronce en polvo, los materiales óseos se resquebrajaban irremisiblemente y así sucesivamente con un largo etcétera de materiales, que hacían que la prueba material, fuente de conocimiento, al ir perdiendo entidad física, iba perdiendo también entidad documental, a veces hasta su completa destrucción.

La dualidad degradación-conservación es algo que se observó ya antes en otros conceptos del saber, como fue el caso de la Historia del Arte en el siglo XVIII (pintura), procediéndose casi de inmediato a su «Restauración»; con todo, estas acciones se llevaron a cabo sin unos criterios básicos que rigiesen la actuación sobre las obras, lo que provocó entre otras cosas, falsificaciones históricas de forma inconsciente. Quizá la experiencia acarreada por la tradición restauradora en el campo de lo artístico, unida a la imperiosa necesidad de conservar aquello que se presentaba tan valioso como frágil, constituyó la chispa que comenzó a generar inconscientemente, lo que en el futuro sería una disciplina fundamental.

En un principio se experimentó con toda una serie de productos (colas y barnices), más que nada de carácter protector. Estos primeros intentos no tuvieron demasiado éxito, como a posteriori se comprobó y aún hoy constatamos. El problema fundamental radicaba en que se demandaban unos resultados, pero para su obtención no se había reparado absolutamente en nada. Al no existir en aquellos momentos una conciencia clara (la cual no tardará en aparecer) de los problemas, no había sido creada una metodología ni de trabajo ni de estudio. Los primeros resultados negativos, algunos de ellos con problemas de carácter secundario al cabo del tiempo, unidos a la acumulación masiva de piezas con necesidades de una rápida intervención, hicieron necesaria una experimentación y un estudio posterior basado en el binomio causa-efecto. A partir de este punto, nuestra ciencia comenzará su andadura.

Podemos considerar al siglo xx como un momento vital en el desarrollo de la conservación de Bienes Culturales, tanto muebles como inmuebles. En nuestro siglo se han diferenciado los conceptos de artista (no olvidemos que ellos fueron los primeros «restauradores» conocidos) e historiador, con respecto a la profesión propia de la conservación-restauración, que pasó a ser considerada como disciplina de labor autónoma, aunque fije sus miras y fines en el arte, la arqueología, etnografía y arquitectura, genérica e independiente. Esta nueva ciencia, la restauración, aprovechando el desarrollo general del conocimiento que ha supuesto este prodigioso siglo, ha ido tomando para sí o, mejor aún, aplicando, todos aquellos avances que fueron logrados en los últimos tiempos. Se trata de la conocida máxima de «la ciencia al servicio del arte». La difracción de rayos X, el desarrollo de rayos Gamma e Infrarrojos, la Cátodoluminiscencia... constituyen hoy una realidad tangible, sumándose a una larga lista de métodos fundamentalmente analíticos, muchos de los cuales no se han aplicado aún a la conservación de Bienes Culturales, si bien supondrían adelantos importantes en la misma seguramente. La explicación de esto es la elevada carestía, no solo del propio instrumental en sí mismo, sino también del gasto generado por los propios análisis.

Este siglo ha conllevado también un considerable aumento de laboratorios de trabajo e investigación, así como personal cualificado y las primeras publicaciones al efecto donde plasmar los resultados obtenidos. El resultado de todo esto es la progresiva aparición de una metodología de investigación e intervención sobre los materiales enfermos, que con todo, aún está lejos de ser completa; del mismo modo y, paralelamente al desarrollo metodológico, están apareciendo diversos tipos de tratamientos aplicables a cualquier clase de agresión sobre los objetos, sea

cual sea el material que los conforma; en unos casos parece que el éxito ha coronado la empresa, más en otros, la investigación aún tiene un buen trecho por recorrer. El ejemplo más claro de esto último lo encontramos en la madera empapada en agua. Todo esto es el producto lógico de una disciplina aún joven, a pesar del bagaje de años que lleva tras de sí. Serán necesarios bastantes más lustros para saber, por ejemplo, con plena certeza, si los productos hoy utilizados son los adecuados; si cumplen o no su misión de conservar inalterablemente y cara al futuro, los objetos intervenidos; si tienen una perfecta vejez y no alteran la materia que intentan proteger. El tiempo lo dirá, pero seguramente cuando lo sepamos, existirán nuevos y mejores métodos. Aquí también se da el caso de la «pescadilla que se muerde la cola»; se trata de un comportamiento inherente a la propia historia.

La conservación ha venido interviniendo en el mundo de la arqueología o, más bien, sobre los objetos antiguos que esta arrancaba a la tierra, desde más o menos los años veinte, tomando como ejemplo en España al Padre Jesús Carballo. Bastante a trompicones desde entonces, la tan necesaria comunión entre ambas actividades, no se cumplió hasta que en 1962 fue creado el Instituto de Conservación y Restauración. Con esta creación quedaba atendida la arqueología nacional, pero no era suficiente, ya que el cúmulo de materiales que necesitaban tratamientos sobrepasaba con mucho el volumen de sus posibilidades. Poco a poco, el tiempo ha ido paliando estas deficiencias y, aunque aún hoy no estamos como sería de desear, se ha conseguido bastante en esta línea, hasta el punto de que actualmente, casi todos los museos arqueológicos poseen su propio laboratorio.

La estrecha relación que debe existir entre la arqueología y la conservación debe plasmarse desde el momento de la extracción. El profesional de la Conservación-Restauración tiene mucho trabajo que desempeñar en un yacimiento arqueológico; su ciencia es una más entre las que hoy se desarrollan (deberían desarrollarse al menos), dentro del organigrama interdisciplinar en que se subdivide el estudio de un emplazamiento antiguo. Su labor concreta comienza en el propio terreno en el momento justo en que hacen su aparición los primeros objetos. Generalmente, estos no se encuentran en perfecto estado sino que, tomando los ejemplos más comunes como el metal, vidrio, hueso y cerámica entre otros, suelen presentar toda una larga y variada gama de alteraciones físico-químicas. Normalmente, si las alteraciones no son resueltas en un lapso más o menos corto de tiempo, las piezas corren el riesgo de sufrir mutaciones en su estructura, si no en ocasiones la destrucción total; por ello, cuanto más apremiante sea la intervención de un profesional, menos

riesgo correrá el objeto. Con la «salvación» de las evidencias físicas se consigue solventar un doble problema. Por un lado la salvaguarda de los objetos antiguos y por otro, el perfilar en muchos casos el volumen físico que ha permanecido hasta nosotros y así, la posibilidad de identificar las piezas para su posterior estudio arqueológico.

Una vez que las piezas llegan al laboratorio, llega la hora de poner en marcha la segunda parte del trabajo, sin duda la más delicada y difícil. El primer paso a dar es el de la limpieza del objeto; en este punto nos ayudarán en gran manera la meticulosidad y la experiencia, siempre abierta además hacia un nuevo aprendizaje, es decir a la investigación. Resulta a veces increíble lo que se puede llegar a descubrir durante el proceso de limpieza de un objeto: pinturas bajo la masa térrea de una pieza cerámica, materiales orgánicos mineralizados en la superficie corroída de un determinado metal, grabados sobre hueso, marfil o piedra... Poniendo interés y cuidado, puede llegar a escudriñarse el proceso tecnológico seguido en la confección de un determinado objeto, así como otras facetas de índole no solo arqueológica, sino del propio conocimiento acerca de los diferentes procesos degradatorios físico-químicos inherentes a la materia sobre la cual trabajamos. Entramos en lo que podríamos llamar relación sujeto-objeto y viceversa. Se trata de un diálogo si bien no fonético, sí en los cauces de la sensibilidad y el respeto entre el profesional y el objeto a tratar. Si no se actúa de esta forma, la mayor parte de las observaciones efectuadas se perderían irremisiblemente por la falta de rigor. Tengamos en cuenta además que se trata de observaciones únicas e irrepetibles tal como ocurre en un yacimiento arqueológico. Parangonando el ya repetitivo ejemplo, son como páginas de un libro que para su lectura es necesario destruir.

Tras el primer diálogo con el objeto, finaliza la primera parte del proceso con la estabilización de la materia, consolidando (si se considera oportuno) su estructura física, para lo que a veces resulta necesario el crear una capa artificial de protección. Su labor será la de aislar al objeto contra posibles ambientes agresores. Sin embargo, con este primer proceso no acaba todo, procediendo a despreocuparnos por entero de la pieza. Si no cuidamos de su adecuado acondicionamiento (humedad relativa y temperatura) en exposición o almacenes, lo más probable es que padezca efectos secundarios que compliquen aún más su primitiva inestabilidad. La comparación de este fenómeno con la recaída de un enfermo podría darnos idea de la gravedad del fenómeno.

Pero aunque el profesional se ocupe por entero de la restauración del objeto y su posterior conservación, no debe pensar en los tratamientos aplicados como definitivos y por ello, un punto primordial en su tarea

es la reversibilidad de sus acciones. Como dijimos anteriormente, cabe la posibilidad de que en un futuro, tal vez no muy lejano, productos, manipulaciones o tratamientos hoy empleados, se conviertan en perjudiciales más que en protectores. El profesional del futuro tendrá como misión el reestabilizarlos. Pero eso solamente será posible si utilizamos los productos adecuados para cada caso y materia, que por ende, tienen ya establecido su disolvente apropiado. Pero, ¿cómo sabremos los productos que se utilizaron? Si el tratamiento no fue publicado, es condición «sine quantum» que todos y cada uno de los pasos dados por el especialista desde la primera a la última pieza, sean convenientemente registrados en una ficha-tipo al efecto, a la que se adjuntará una amplia documentación gráfica de cada pieza.

Un aspecto fundamental en relación con cualquier ciencia o disciplina, es la investigación. La investigación supone un constante aumento de datos y con ello de conocimientos, en base siempre a la aplicación de técnicas de análisis e intervención cada vez más depuradas y perfectas. Creemos que la labor del conservador-restaurador no «debería» limitarse exclusivamente al trabajo diario y a la lectura de algún artículo o libro; este resulta evidentemente insuficiente. Sería necesario leer, decir y escribir mucho más sobre el tema de lo que se ha hecho hasta el momento.

La faceta investigadora es una de las más difíciles con que ha de enfrentarse el profesional, no solo por el trabajo que requiere, sino también por la delicadeza del mismo. Por ello, para investigar es necesario un trabajo constante, tanto de laboratorio como bibliográfico. Para llevar a cabo tales actividades, sería primordial contar con un equipo material de avanzada tecnología, o cuando menos, con la colaboración de otros centros mejor equipados, aunque trabajen al margen de la conservación. Y sin embargo, también esta colaboración se ve en ocasiones obstaculizada por problemas económicos, burocráticos, de conocimientos, de tiempo...

Hasta ahora hemos hablado del laboratorio, pero los problemas van más allá o quizá mejor, empiezan mucho antes. De un tiempo a esta parte se ha teorizado mucho pero muy poco se ha llevado a la práctica acerca de la toma de datos y el análisis de campo. La conservación en arqueología se mueve por un camino arduo y no exento de dificultades que aún hoy día subsisten. En los inicios de esta ciencia, el material se degradaba a pasos agigantados y no se contaba con tiempo, ni medios ni conocimientos suficientes como para analizar el porqué de tales reacciones.

En aquel momento, lo fundamental consistía en experimentar productos (sin una metodología adecuada, por supuesto), que pudieran detener los problemas inmediatos. Mientras tanto, se iría analizando y dando paulatinamente respuesta a las preguntas planteadas, al ritmo de otras ciencias (físico-química en el caso de la oxidación-corrosión de los metales, por ejemplo).

Actualmente, la situación ha cambiado sensiblemente con relación a los primeros tiempos; hoy ya podemos tomar conciencia de la problemática y abordarla con vistas a su más perfecto conocimiento. El campo de actuación se ha abierto inmensamente y los resultados a obtener son numerosos, aunque también incontrolables por el momento, por lo que en ocasiones aún no llegamos a alcanzar a entender perfectamente el alcance y los efectos que pueden llegar a tener.

Pasando a otro terreno, vamos a ocuparnos del aspecto bibliográfico, tanto a nivel de consulta como de publicaciones. Día a día vemos cómo el abanico de idiomas en que se nos ofrecen las publicaciones se amplía cada vez más; baste con ojear la publicación anual de ATAA. Lógicamente esto debería congratularnos; el contar con una buena base de datos es importantísimo en la labor del profesional, no solo para experimentar en su campo, sino también para buscar soluciones, quizá para él insalvables en ese momento y sin embargo ya tratadas con éxito por otro especialista.

Desgraciadamente nuestro país sigue presentando un índice bajísimo de lectura, lo que supone un obstáculo más en nuestro trabajo. A pesar de ello, también debemos tomar en consideración la precaria situación en que nos encontramos, con una falta importante de recursos económicos y despreocupación ante el tema, lo que fomenta esta carestía bibliográfica en España. Y actualmente, es tal el almacenamiento de datos provenientes de la experiencia práctica y la teoría bibliográfica, que se impone el uso común del ordenador en el campo arqueológico, ya como una necesidad imperiosa.

Hemos tratado el tema de la importancia de la lectura y del largo camino que aún nos queda por recorrer; hemos hablado también de la importancia de la experimentación, pero tan importante como todo ello es la publicación de tales experiencias en revistas y monografías o libros. Últimamente, son cada vez más numerosas en la Europa Occidental, aunque volvemos a frenar al penetrar en nuestras fronteras. Esto no quiere decir que no existan publicaciones, pero sí muy escasamente. Suelen aparecer apéndices en revistas de otros temas que, si bien están relacionados con la conservación no tratan expresamente de ella (pintura

y arte, arqueología...). Esto provoca una enorme dispersión bibliográfica y como consecuencia, un «handicap» importante a la hora de su conocimiento y lectura. Otras veces, son las Actas de Congresos las encargadas de ir rellenando esta laguna informativa en el mundo de la Conservación. Con todo, pensamos que las colaboraciones deberían ser menos puntuales y sí más explicativas, que se ocuparan de temas de carácter genérico y compilatorios, que son los que realmente nos están haciendo falta.

Un aspecto muy importante y siempre tratado con carácter muy secundario es el referente a la enseñanza; y no nos referimos, claro está, a la enseñanza oficial, un tema que necesitaría al menos un tratamiento monográfico para su análisis. Nos referimos al profesional en sí; cada laboratorio o centro de conservación tiene como uno de sus objetivos el divulgativo y docente. Por un lado, debe servir de práctica para los alumnos oficiales no titulados que lo deseen, así como para cualquier persona con suficiente base teórica y un interés probado. Por otro lado, el especialista debe formar en las tareas imprescindibles a los arqueólogos profesionales y futuros, fundamentalmente en relación con las tareas de campo. Actualmente es muy corriente que la falta de presupuestos impida la presencia de un profesional de la conservación en las excavaciones: metales corroídos y frágiles, cerámicas deleznable, vidrios escamados... Cuando el arqueólogo es también conservador-restaurador no ocurre nada, los problemas surgen en caso contrario.

La solución ideal sería conseguir un aumento de los presupuestos e incluir en el equipo a un profesional, pero si no se puede, habrá que instruir al arqueólogo. Tal como está la situación, la primera solución resulta muy improbable, ya que los presupuestos, más que ampliarse se están recortando y además, debemos contar con la carencia de especialistas. Por tanto, debemos optar de modo general por la segunda posibilidad, educar a los arqueólogos si es posible desde los cursos de especialización en las facultades. Creemos que los planes de estudio deberían reflejar la existencia de cuando menos cursos de varias semanas, en los cuales el alumno pudiera comprobar y conocer teórica y prácticamente, los diferentes pasos y técnicas de recuperación de campo del material arqueológico degradado, con el que pueden encontrarse en un determinado yacimiento. Se trataría además de «abrir los ojos al alumno», mostrándole cómo lo que comúnmente se considera como simple efecto degradatorio, y «a priori» no supone más que tierra, piedras... puede conservar huellas y evidencias de materias que ya daríamos por perdidas. Baste como ejemplo la existencia de materia orgánica en los productos de corrosión metálica.

Sin embargo, no deberíamos confundir esta preparación del arqueólogo con las fases de limpieza, conservación y restauración definitivas de las piezas, más propias del conservador-restaurador, aunque sin ánimo de exclusivizar funciones. De hecho, cada vez más arqueólogos emprenden la carrera de Conservación y Restauración, bien paralelamente a sus estudios o bien una vez finalizados estos. Este hecho viene dado tanto por motivos profesionales, como fundamentalmente por el fantasma del paro.

Todo lo que hemos expuesto hasta el momento estaba referido a los yacimientos terrestres, aunque puede aplicarse en otras situaciones. En los últimos años afortunadamente se está dando en nuestro país un gran auge a la arqueología submarina, lo que hace del todo necesaria la aparición de especialistas de conservación en ese campo. La inmersión proporciona a los objetos arqueológicos un ecosistema diferente del terrestre, pero no por ello menos delicado. Por un lado existen nuevos agentes que afectan al material y no se registran en tierra (la materia orgánica es el ejemplo más claro); por otra parte, los agentes habituales como sales, cloruros y carbonatos, aparecen bajo el agua multiplicados por diez. Sin embargo, el agua también tiene sus ventajas; la arqueología submarina nos proporciona datos y materiales que en las condiciones que presentan los trabajos en tierra, o bien no existirían o se recuperarían sumamente menguados.

Una vez más nos enfrentamos al eterno problema de la asistencia a los yacimientos en curso de excavación. Ya hablamos de la presencia de especialistas y la enseñanza a arqueólogos; ahora nos referimos a otro sistema que, si bien resulta caro, proporciona resultados evidentes según las experiencias llevadas a cabo en Canadá: los laboratorios itinerantes. En el caso de las excavaciones en tierra, podrían instalarse a tal efecto en vehículos debidamente acondicionados que pudieran trasladarse sin problemas a diferentes puntos. En el caso de las excavaciones submarinas, dada la escasez de las mismas, por el momento resultaría más factible pensar en un laboratorio instalado en el propio barco-nodriza, que en fletar uno exclusivamente como laboratorio. Esto no implica que descartemos tal posibilidad, que por supuesto sería la ideal, sin embargo hemos de ser realistas y ajustarnos a nuestras posibilidades, al menos por ahora. De todos modos, poco a poco vamos avanzando.

Aunque no totalmente dedicado a la conservación, el Museo Nacional de Arqueología Marítima de Cartagena, cuenta con una pequeña unidad de trabajo. Es la continuación de «El Escombraría», barco que poseía a principios de los setenta el Patronato de Arqueología Submarina de la localidad. Por otro lado, también resulta encomiable el equipamiento

y la labor llevada a cabo por el «Arqueonauta», un barco fletado hace años por nuestros vecinos franceses y que constituye un auténtico laboratorio flotante.

La misión de apoyo de estas unidades móviles se llevaría a cabo fundamentalmente durante el período estival, momento en que tienen lugar mayoritariamente los trabajos de campo. Durante el resto del año, podría ocuparse de excavaciones de urgencias, hallazgos puntuales... o bien en la atención de otro tipo de temas, no relacionados con las excavaciones como la pintura mural, edificios... En cualquier caso, se trataría de un servicio permanente; el laboratorio acudiría a la llamada de una excavación y una vez finalizada su intervención, se dirigiría a un nuevo punto de interés, bien siguiendo un orden preestablecido o bien en base a un orden de prioridades. En el caso de una buena distribución de los servicios, lo ideal sería que la unidad móvil pudiera recorrer uno a uno todos los emplazamientos incluidos en su radio de acción, durante el período de excavaciones.

Por lo que acabamos de plantear, resultaría impensable que existiese un único vehículo para todo el territorio nacional. Al menos sería deseable la existencia de una unidad para cada Comunidad Autónoma, lo que no evita la problemática de comunidades amplias con varias provincias. Si seguimos elucubrando, lo ideal sería que estas unidades tuvieran su base en un centro de Conservación y Restauración de la propia comunidad (aún por crear en la mayoría de las españolas), o en su defecto (también escasos), en el Departamento de Conservación de las áreas culturales pertenecientes a los distintos entes gubernativos regionales.

Resulta paradójico pensar que somos una de las naciones europeas con mayor número de yacimientos arqueológicos en curso de excavación; que contamos con un increíble patrimonio material mueble e inmueble y sin embargo, que debemos enfrentarnos a tantas deficiencias y dificultades presupuestarias, técnicas y profesionales. Actualmente en nuestro país, al solicitar un permiso de excavación, se estipula entre los requisitos un apartado sobre la necesidad de realizar trabajos de conservación del yacimiento, pero ¿y los objetos extraídos? El problema del yacimiento suele solventarse con la aplicación de cementos Portland, no siempre coloreados. En el caso de las piezas, a veces se llegan a conservar las más interesantes, el resto se supone que es competencia del museo correspondiente. Lo malo es que estos museos no siempre cuentan con un laboratorio especializado, presupuesto de contratos para especialistas (a veces no se encuentran aunque se cuente con presupuesto), o personal suficiente de carácter continuado (fijo o no) que pueda abordar al sinnú-

mero de objetos. En este último caso, aconsejamos no recurrir a los tan comunes tratamientos de urgencia; estos tratamientos lo único que consiguen es que haya que volver una y otra vez sobre la pieza. El resultado es que los problemas se frenan momentáneamente para volver a surgir una y otra vez. Lo ideal sería poder aplicar una conservación preventiva sobre el material almacenado, pero aún es algo que está lejos de conseguirse.

Pasando a otro orden de cosas, nos gustaría tratar ahora cuatro puntos que consideramos del máximo interés y que nos interesaría aclarar, dado que su tratamiento suele resultar algo confuso. El primero de ellos es el efecto degradador. Cualquier objeto arqueológico sufre toda una serie de agresiones físico-químicas que pueden ser de dos tipos diferentes. Tales agentes pueden actuar por separado, pero desgraciadamente en ocasiones también se complementan. El primer grupo agresor, más sencillo, es de carácter «antrópico»; aquí incluiríamos intervenciones tales como obras, arados... cuando no otras mayores como las guerras. En resumen, en este apartado tendrían cabida desde el vandalismo hasta la ignorancia más absoluta, que no por involuntaria resulta menos peligrosa. El segundo grupo, el principal, más problemático y notablemente menos conocido, está relacionado con fenómenos de carácter natural. Para analizarlo partimos de la premisa siguiente: todo objeto posee una materia-soporte que irremisiblemente va a transformarse, ya desde el mismo momento en que alguien la utilizó para elaborar un determinado útil, recipiente ...

Tomemos por ejemplo el metal, que es quizá el caso más claro. Las oxidaciones y corrosiones que afectan al metal, no son más que la vuelta del mismo a la mena de donde se obtuvo: carbonatos, sulfatos, cloruros, óxidos, ... Otro ejemplo es el vidrio, cuya estructura original es alterada durante la fusión en el horno de sílice y álcalis como consecuencia se escama lentamente perdiendo poco a poco volumen de forma irremediable. Los tratamientos físico-químicos que aplica la conservación-restauración, tienden de modo artificial a proporcionar estabilidad a los objetos. De momento, somos conscientes de que se trata de antemano de una batalla que no ha hecho más que empezar, pese a conseguirse excelentes resultados en muchos aspectos y materias; en cualquier caso, aún es muy largo el camino que nos queda por recorrer.

Un segundo aspecto a tratar sería el que concierne a la clarificación conceptual de los términos Conservación y Restauración. El término de Conservación abarcaría todos aquellos trabajos relacionados con la estabilización química y física de la materia de la que están constituidos los objetos (limpieza, inhibición, consolidación ...), pero sin intervenir repro-

ducción o añadido alguno. De esto se encargaría la Restauración; esta reproduce parcialmente, en un tanto por ciento variable, la parte o partes ausentes, pero en dos aspectos diferentes. Cualquier tratamiento se inicia con la conservación del objeto y posteriormente, puede o no existir el segundo aspecto, más relacionado con la mera estética. La Restauración en sí constituye un mundo conflictivo, puesto que puede estar a un paso de la falsificación en determinado momento. Para controlar este problema existen los llamados «criterios» de intervención, a los que ya aludimos, aunque en alguna ocasión, tales criterios no surtieran el efecto esperado.

Abordamos ahora un tercer punto, bastante relacionado con el anterior y que trata de matizar la propia nomenclatura utilizada. Con respecto a este tema, tenemos prevista la redacción de un trabajo mucho más extenso, no obstante reflejaremos aquí las ideas básicas. De manera habitual, siempre se ha considerado al «Restaurador» como un profesional cuyo trabajo abarca, no solo los temas aquí tratados, sino también otro tipo de temas, tales como la escultura policromada, pintura de caballete, ... El término, empleado desde antiguo en base a las actividades de recomposición que se llevaban a cabo sobre todas las obras tratadas, ha perdurado invariablemente hasta nuestros días sin evolucionar en absoluto; sin embargo, la evolución se ha producido y basta con analizar la propia actividad hoy en día.

Curiosamente, también ha perdurado la acuñación del término «Conservador» aplicado al director o jefe de sección de un museo, cuya labor, al margen de la gestora, de difusión, investigación, ... también incluye la custodia de una serie de objetos a su cargo. Cuando surgió esta denominación, prácticamente no existían los entonces llamados «Restauradores» y eran los directores o jefes de sección, los encargados de «conservar» los objetos. Lo habitual era un casi total desconocimiento de medios y técnicas aplicables en cada caso, pese a un encomiable interés por el tema y teniendo en cuenta la gravedad de la carestía económica. No ocurría igual en todos los centros, pero generalmente, lo más que se podía conseguir era orden en las estanterías, ausencia de polvo y embalajes más o menos adecuados, siempre bajo los auspicios del Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos. Y de aquí parte, pues, la confusión en la nomenclatura a la hora de relacionar profesionales y actividades a desempeñar. Lógicamente, las denominaciones de Conservador y Restaurador deberían corresponder a quienes tuvieran precisamente estas labores específicas, además de los conocimientos necesarios y fundamentales. Solo se trata del uso correcto de los términos, tal y como se hace con otras profesiones tales como: Arqueólogo, Historiador del Arte, Antropólogo, Etnógrafo...

Para conseguir un mejor y más perfecto desarrollo de la actividad, se sobreentiende que lo ideal es el mantenimiento de un diálogo constante entre el Arqueólogo y el Conservador-Restaurador y sin embargo, no siempre es así. Si nos fijamos un poco, en realidad la actividad de ambos profesionales, aún siendo independiente, persigue un mismo fin: el objeto arqueológico, su conocimiento y su conservación cara al futuro. Se hace necesario pues, hablar el mismo lenguaje; la intolerancia o las actitudes autoritarias no tendrán cabida por tanto. Escuchando mutuamente y no imponiendo criterios, se llegará a una complementariedad como único modo de obtener la operatividad que consiga llevar a buen término la empresa.

Finalmente, no queremos concluir estas notas sin ocuparnos de un tema confuso y contradictorio. El debate sobre el mismo empezó ya hace años, está ya impuesto en la nomenclatura científica y sin embargo, poco o nada se ha reflexionado sobre él: nos referimos al concepto de «pátina». Tal denominación partió de las observaciones realizadas a partir de ciertas superficies, fundamentalmente en los objetos de bronce. Se trataba de superficies tersas y agradables, tanto a la vista como al tacto, que además aseguraban la autenticidad de la pieza; todo lo que se saliera de esta pauta era considerado de efectos contrarios, tanto en lo que a conservación como a estética se refería. En un principio, el término no era aplicable en absoluto a otro tipo de materiales u obras como, piedra, madera, pintura de caballete ..., pero en realidad las cosas son bien diferentes. Lo que denominamos pátina hoy en día está cayendo cada vez más en desuso, sobre todo entre los Conservadores-Restauradores. Ya hemos visto antes que todo objeto, inmerso en un medio al que debe adaptarse, se ve sometido a unos procesos de transformación y envejecimiento. Estas transformaciones se manifiestan de muy diversas maneras, unas veces deformando los objetos y otras embelleciendolos, dentro de un complicado proceso causa-efecto que aún no conocemos bien. En el caso de los metales, se producirán procesos de oxidación-corrosión, estables y bellos estéticamente o al contrario. En realidad se trata del mismo proceso aunque los resultados sean distintos, ¿por qué entonces los denominamos de diferente manera?. En el caso del vidrio, la iridiscencia y la escamación, también serían una pátina, en formación en el primer caso y ya formada en el segundo, ¿por qué entonces no se les denomina pátina? Vemos por tanto, tal y como ha expresado recientemente Mourey, que el término «pátina» no corresponde a nada concreto ni específico, siendo más bien una denominación confusa aplicada a procesos de alteración bien distintos para cada caso y/o materia.

Por último, la supuesta «pátina» no asegura en absoluto la antigüedad de los objetos a los que recubre, según muestran los análisis de difracción de Rayos X, ... con vistas por ejemplo a localizar una falsificación. Actualmente, las técnicas conocidas sobre casos estudiados y algunos de sobra conocidos, demuestran la ineficacia del examen visual, aún tratándose del mejor especialista, frente a la analítica que la ciencia del presente ha puesto a nuestro alcance.

BIBLIOGRAFÍA

- BANDI, C., 1988: *Teoría de la restauración*. Alianza Editorial, Madrid.
- CARBALLO, J., 1927: «Nuevo procedimiento para la conservación de las osamentas fósiles», en *Bastón de mando prehistórico procedente de la caverna de El Pendo*, págs. 21-30. Santander.
- CHRISTIE, I. y WEAVER, M., 1982: «Conservación, toma de decisiones y administración», *Museum*, vol. XXXIV n.º 1, págs. 21-30. París.
- CAMERON, E., 1988: «Acerca da preservação de resíduos orgânicos nas superfícies corroídas dos metais», en *Actas do Encontro Paleoecologia-Arqueologia*, págs. 81-88. Vila Nova de Famalicão.
- FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C., 1985: «Publicaciones sobre restauración y conservación de bienes culturales», *Revista de Arqueología*, n.º 47, págs. 64-65.
- , 1986: «Una nueva experiencia en arqueología de campo. El laboratorio de conservación de las excavaciones romanas de Julióbriga», *Arqueología* n.º 13, págs. 185-188. Oporto.
- , 1988: «Primeros datos acerca de los problemas de conservación planteados por la T.S.H. de Julióbriga», *Pátina*, n.º 3, págs. 38-40.
- HERNÁNDEZ, M., 1984: «¿Conservador o restaurador?», en *Actas del IV Congreso de Conservación de Bienes Culturales*, págs. 39-43. Madrid.
- HODGE, J. C., 1987: «Los estudios museológicos en Australia», *Museum*, n.º 156, págs. 249-251.
- MOUREY, W., 1987: *La conservation des antiquités métalliques*. Paris
- PLENDERLEITH, H. J., 1967: «La conservación de antigüedades y obras del arte». ICCR, Madrid.

- SÁNCHEZ LASSA, A., 1987: *Conservación y restauración en el museo*. Sociedad de Estudios Vascos. Pamplona.
- VV.AA, 1980: *La vie mystérieuse des chefs-d'oeuvre*. Reunion des Musées Nationaux, Paris.
- VV.AA, 1988: *La arqueología submarina en España*. Ministerio de Cultura, Museo Nacional de Arqueología Marítima, Págs 63-76.